

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR. CICLO A

Es una obviedad que la experiencia que estamos viviendo es única y que el Triduo Pascual que nos espera también lo va a ser. Hoy, en este Domingo de Ramos, nos sumamos a la gente que aclama a Jesús al entrar en la ciudad y nuestros aplausos de las ocho de cada tarde, son aclamaciones parecidas a las que escuchó Jesús. También nosotros vemos en tanta gente que está entregada a su trabajo para salvar vidas, el rostro del Mesías y Señor. Como él, no aparecen montados en rutilantes vehículos, sino que hacen de la discreción y la humildad una forma de servicio absolutamente evangélico. Y es que el Evangelio no es escuchar historias de un pasado más o menos remoto, sino escuchar la voz de Dios que me habla aquí y ahora invitándome a contemplar mi aquí y mi ahora a la luz de la esperanza.

Veamos ahora el contexto en el que se mueve la entrada de Jesús en Jerusalén. Desde el comienzo de su evangelio, Mateo ha ido llevándonos hacia ese final cuyo comienzo hoy celebramos. Mateo, que escribe su evangelio para cristianos procedentes del judaísmo, está empeñado en ayudar a esos cristianos a comprender que en Jesús se han cumplido las expectativas mesiánicas que la Escritura había anunciado y que la cruz que se otea en el horizonte no es sino el camino del Siervo.

La última parte de su Evangelio (capítulos 21-28), comienza con el relato de entrada de Jesús en Jerusalén. Si observamos la estructura del Evangelio de Mateo, podemos ver que entre este acontecimiento y el comienzo de la Pasión con la Cena Pascual, hay cinco capítulos. En ellos se va consolidando el enfrentamiento de Jesús con las autoridades religiosas porque son capítulos plagados de los gestos simbólicos esperados del Mesías. Y las autoridades los comprenden. El primero de los gestos tras la llegada a Jerusalén es la expulsión de los mercaderes del templo, un gesto de purificación que denuncia la corrupción a la que se ha llegado y cómo se ha olvidado el simbólico gesto que se había hecho en la época de los Macabeos, origen de la fiesta de la Hanuká. Pero además, Jesús, con durísimas parábolas denuncia a quienes han matado a los profetas anteriores a él secuestrando y apropiándose de una fe, una viña, que no es suya. Entonces aparece el Jesús escatológico, el que contempla el fin de un tiempo, de una época, tras la cual Dios hará surgir lo nuevo en lo que no tienen cabida los viejos esquemas. Esta parte, intensa y apasionante del Evangelio, culmina con la unción en Betania, pero no en casa de Marta, María y Lázaro, sino en la de Simón, un leproso curado por Jesús. Una mujer le unge los pies como anticipo de la unción sepulcral.

La entrada en Jerusalén que celebramos el Domingo de Ramos tiene la solemnidad de una declaración de principios. Todo lo que sucede desde ese momento está encaminado a mostrar cuál es el mesianismo de Jesús. Partiendo de Betfagé, una aldea vecina a Betania en lo alto del Monte de los Olivos, Jesús inicia el camino hacia la ciudad. Hoy los cristianos de Tierra Santa se reúnen para hacer ese mismo camino en una procesión llena de júbilo y cantos. Cruzaría el Torrente Cedrón por un pequeño puente y subiría la cuesta que llevaba hacia la Puerta Dorada, la que da al Este, por donde se esperaba la llegada del Mesías. La gente comprende este gesto simbólico y lo aclama como Mesías, recordando palabras del profeta Zacarías. Pero Jesús no llega como un general triunfador sobre un caballo y al frente de un ejército. Los que le aclaman son las clases populares, la gente sencilla y su cabalgadura es un borriquillo. La humildad y el desvalimiento son los signos de su mesianismo y han de ser los de los discípulos de todos los tiempos. No es la prepotencia ni la intransigencia de quien se cree en posesión de una razón que lo justifica todo.

La ciudad, dice Mateo, se “conmovió” preguntándose quién era ese, a lo que los que lo aclamaban respondían “es el profeta Jesús”. Tardarán en comprender la hondura y repercusión del signo. Viven todavía la euforia del triunfalismo por eso la cruz que aparece en el horizonte será todavía más inesperada e incomprensible. Los discípulos de entonces - y nosotros hoy tampoco- estaban preparados para comprender lo que se avecinaba. En esta semana pasaremos de la euforia al desaliento, del éxito al fracaso. Parecidos a la experiencia de estos días amargos.

Pero Jesús es nuestra esperanza. Él dará sentido a todo, aunque ahora no comprendamos. Hace falta la experiencia de la Resurrección para que todo tenga su lugar y su sentido. Esperamos confiados en él.

Domingo de Ramos de 2020